

## PEDIMOS LA CABEZA DE LOS ASESINOS DE ÁRBOLES

Córdoba presencia un antiguo espectáculo local —especie de rito invernal y sádico del cordobés medio, que lo tolera—: iel asesinato de árboles!  
Se renueva, ahora, al parecer, con un furor deleitoso de sierra sin fin...  
¡Pedimos la cabeza de los asesinos de árboles!  
Pero no las pedimos para cercenarlas, ni para martirizarlas, conforme ellos lo hacen con los indefensos árboles, valetudinarios (pocos) paralíticos, mutilados de guerra —i de la guerra al árbol!— que se afirman en sus muletas y calientan sus muñones, al sol de invierno, en paseos y plazas.  
¡No!  
Pedimos sus cabezas para satisfacer una antigua curiosidad: ¡para ver qué tienen dentro!  
¡Nada más!  
Imaginamos que ha de ser difícil dar con ellos. Nunca ha sido posible identificarlos. Seguramente organizan la depredación vandálica desde el refugio impune del bosque burocrático. Y realizan sus asesinatos metódicos, con la astucia y la voluptuosidad de un Landrú forestal. Su "arriba las manos", es un "abajo": "¡abajo los árboles!"  
¡Alguna vez, por todas, hay que saber dónde están, quiénes son, cuántos son!  
No creemos que se trate de un delincuente "solitario", de una especie de "Jack el destripador", que escoge la noche —o mejor que la noche ese día por el que deambula el transeúnte indiferente o estúpido— para destripar los árboles más gráciles, o partir cortezas tiernas, movido por una fascinación sensual y mórbida. Deben ser numerosos y astutos. Debe ser una "organización" de asesinos forestales, con "Estatutos", y todo. Pasan intendentes, secretarios, inspectores, urbanistas —urbanistas serios y urbanistas de café con leche—, asesores con "C.A.T.E." y sin "cate". Pasan todos, vienen y se van: los buenos y los malos —menos los malos que los buenos— y siempre, año a año, así como aparecen los barriletes, los cazadores, los jugadores de tejo y los buscadores de nidos, en épocas determinadas, así aparecen en la "época de la poda" los asesinos de árboles, brotados desde la tiniebla burocrática. Y, entonces, el árbol que empieza a ser árbol, apenas salido de esa penosa lactancia de los canteros municipales y se organiza en armoniosa copa, o el que ha logrado escapar a la vaca transeúnte, o las prueba de "palo jabonado" de los chiquillos del barrio, amanece un día con un neumotorax en su ramaje trunco, o convertido en paraguas, o en el gráfico digital de un jugador de murra". ..  
Y esto se repite todos los años, con las más diversas especies de intendentes y funcionarios municipales, a veinte cuadras escasas de una orgullosa Escuela de Agronomía de la Nación.  
¿Qué misterio es éste?  
Nadie sabe quiénes son los "asesinos de árboles", los enemigos de la sombra, de la gracia y de la belleza natural del árbol.  
A veces, hay un débil rastro, un vago indicio... Es cuando el "cuerpo" del delito ha desaparecido, cuando las ramas y troncos, acondicionados a manera de "cuerpos" para ir a la "morgue" de las podas, aparecen un buen día, bien alineados, en el aserradero de un amigo del concejal "A", o en el corralón del funcionario "C"... Este suele ser, raras veces, el único indicio. Y asimismo, envuelto en el misterio de la irresponsabilidad. "Los Amigos de la Ciudad" no pueden dejar que se cumpla, impunemente, este nuevo asesinato de árboles, en la ciudad que pasa por ser la más culta de la república. Propone que se los busque empeñosamente. Y pide que sea el jefe de la comuna el que dé los medios para acabar con esta misteriosa y periódica depredación. Hay que saber, por fin, ¡quiénes son, cuántos son, dónde están!  
La sociedad "Amigos de la Ciudad" pide que se los busque. Exige que se dé con ellos. Y propone, para juzgarlos, la formación de un Tribunal Popular Forestal, del que forme parte un representante de los árboles, a manera de vengativo fiscal.  
No obstante, pide que el juicio no conduzca a ninguna pena corporal, sino a la pena "capital" del burócrata: a la destitución.  
Si esto no fuera posible —por cualquier causa— proponemos, desde luego, que se examine lo que hay dentro de la cabeza de esos asesinos de árboles. Es una justa curiosidad. Y si es madera seca —y sirve para arder— pedimos que se los mande al amigo del concejal "A" o al funcionario "B". Vaya esta escasa leña, por la que se lleva —al arder— todos los años, la gracia urbana de esta ciudad.

\* En el Nº 1 de "Las Comunas", 4 de agosto de 1939. Deodoro salvó, ejerciendo violencia física sobre el capataz de la cuadrilla que los hachaba, los grandes álamos carolinios del Parque Sarmiento. Y derrocó, mediante una orquestada campaña de ironías, a un intendente arboricida, a quien bautizó el "Loco Leñador". (Las Comunas 1939, Deodoro Roca)